

Presas liberada

El martillo cayó dictando sentencia, haciendo justicia. El sonido la liberó, destrozando, después de tantos años de sufrimiento, las cadenas que consumían su vida. Asesinando a su alma. Sus ojos iban recuperando muy lentamente el brillo que él le había robado con el paso de los años, mientras observaban incrédulos como aquellos dos agentes se lo llevaban hacia una cárcel de la que no saldría en mucho tiempo. Todo había acabado.

Los rayos del sol le dieron la calidez tan ausente desde hacía unos años. El aire acarició su piel con suavidad, haciéndola sentir libre. Se sentía invencible. Se atrevió a sonreír por primera vez en muchos años sin miedo a que alguien le reprochara. Aquel infierno había quedado atrás. No más golpes. No más gritos. No más lágrimas desperdiciadas por un amor que había dejado de serlo con el primer golpe que se instaló en su piel.

Había pensado que era el final. Había pensado que su boca no volvería a mostrar esa sonrisa alegre y contagiosa. Había pensado que su espíritu indomable y libre que él encerró en una jaula jamás volvería a correr. Había pensado que el veneno que ella creía que era amor y que se había encargado de destruir sus sueños la acabaría matando, como a muchas otras.

Su vida se había echado a dormir. Se obligó a hibernar en medio de un invierno que parecía eterno. El frío estaba calándose en sus huesos y la nieve arrojaba cada herida de su cuerpo. No tenía esperanza, ya se había rendido cuando repentinamente el sol abrió los cielos ennegrecidos de nubes tormentosas. La despertó: su vida acababa de comenzar.